

Ganador del BRITISH BOOK AWARD

Reni Eddo-Lodge

**POR QUÉ
NO HABLO
CON
BLANCOS
SOBRE
RACISMO**

Prólogo de Desirée Bela-Lobedde

PENÍNSULA

Por qué no hablo con blancos
sobre racismo

Reni Eddo-Lodge

Traducción de Ana Camallonga

Título original: *Why I'm No Longer Talking To White People About Race*

© Reni Eddo-Lodge, 2017, 2018

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47). Todos los derechos reservados.

Primera edición: enero de 2021

© de la traducción del inglés: Ana Camallonga Claveria, 2021

Prólogo: Desirée Bela-Lobedde, 2021

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2021
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 21.762-2020
ISBN: 978-84-9942-957-1

ÍNDICE

Prólogo	11
Prefacio	19
1. Historias	27
2. El sistema	75
3. ¿Qué es el privilegio blanco?	99
4. Miedo a un planeta negro	127
5. La cuestión del feminismo	149
6. Raza y clase	187
7. La justicia no existe, solo existimos nosotros	207
Posfacio	217
Notas	229
Bibliografía	243
Agradecimientos	245
Índice temático	247

HISTORIAS

No empecé a ser consciente de la historia negra británica hasta mi segundo año de universidad. Debía de tener diecinueve o veinte años y había hecho una nueva amiga. Íbamos al mismo curso y pasábamos muchos ratos juntas, más por proximidad y por no estar solas que porque compartiéramos demasiados intereses comunes. Cuando llegó el momento de matricularse en las asignaturas del semestre siguiente, las dos optamos por un módulo sobre el comercio transatlántico de esclavos. Ninguna de las dos sabía qué esperar de aquello. Mis únicas nociones de historia negra procedían de exposiciones educativas a las que había asistido y unidades didácticas, más bien centradas en la historia de Estados Unidos, durante mis años de primaria y secundaria. En ellas se hablaba sobre todo de Rosa Parks, el ferrocarril subterráneo de Harriet Tubman —que ayudaba a esclavos a huir hacia el norte— y Martin Luther King Jr., los nombres más conocidos del movimiento por los derechos civiles estadounidense. Eran personas importantes, lo sabía, pero yo era una niña negra del norte de Londres y todo aquello me quedaba muy lejos.

Aquel corto módulo universitario, sin embargo, cambió mi perspectiva de forma radical. Convirtió la historia del colonialismo británico y el pasado esclavista de mi país en algo cercano y real. Durante el curso, aprendí que, desde donde estaba, era posible subir a un tren y visitar un antiguo puerto de esclavos en

solo tres horas. Y eso es lo que hice, fui hasta Liverpool, que había sido el mayor puerto esclavista del Reino Unido. Un millón y medio de africanos habían pasado por los muelles de la ciudad. La dársena Albert Dock, la más antigua que queda en pie, se inauguró cuatro décadas después de que partiera el último barco de esclavos británico, el *Kitty's Amelia*, pero visitarla era lo más cerca que podía estar de mirar hacia el mar e imaginar la complicidad británica en el comercio de esclavos. De pie en la orilla de aquella dársena, sentí que se me encogía el corazón. Paseé junto a los edificios más antiguos de la ciudad y me invadió el malestar. En todas partes podía ver el legado del esclavismo.

En la universidad, las cosas empezaron a cobrar sentido para mí. Recuerdo claramente un debate, en un seminario, sobre si el racismo era solo discriminación o discriminación más poder. Reflexionar sobre aquello hizo que me diera cuenta de que el racismo no era solo un prejuicio personal: era también estar en posición de que tu prejuicio tuviera un impacto negativo en la vida de los demás. Mi perspectiva cambió por completo. Mi amiga, en cambio, dejó la asignatura tras asistir a un par de seminarios. «No es para mí», dijo.

No me gustó oír aquello. Y ahora entiendo por qué. Me molestó que creyera que esa parte de la historia británica no era relevante para ella. Los hechos la dejaban impasible. Quizá para mi amiga aquello no era real ni apremiante ni tenía ninguna relación con el presente. No sé lo que pensó, porque yo entonces no tenía el vocabulario necesario para hablar con ella de algo así. Pero ahora sé que lo que no me gustó fue que sentí que su color de piel le permitía no tener ningún interés por la historia de violencia del Reino Unido, cerrar los ojos y seguir su camino. Mientras que, para mí, aquello no era algo que pudieras decidir no saber.

El rápido avance de la tecnología, que ha transformado el modo en que vivimos —lo que antes era un progreso de siglos ahora se consigue solo en décadas—, ha hecho que el pasado parezca más lejano que nunca. En ese contexto, es fácil ver la esclavitud como Algo Terrible que pasó Hace Mucho Tiempo. Es fácil también convencerse de que el pasado no tiene nada que ver con nuestro modo de vida actual. Pero la Ley de Abolición de la Esclavitud en el Imperio británico se aprobó en 1833, hace menos de dos siglos. Si tenemos en cuenta que los británicos empezaron a comerciar con esclavos africanos en 1562, la esclavitud, como institución británica, existió durante más tiempo —270 años— del que lleva abolida. Una generación tras otra de vidas robadas, de familias divididas, de comunidades rotas. Miles de personas que nacieron esclavas y murieron esclavas, que nunca supieron lo que era ser libre. Vidas enteras de brutalidad y violencia, de temor sin fin. Una generación tras otra de riqueza blanca amasada sobre las ganancias derivadas de la esclavitud, multiplicándose, rezumando por todo el tejido de la sociedad británica.

La esclavitud era un comercio global. Los europeos blancos, incluidos los británicos, pactaron con las élites africanas el intercambio de productos y bienes por personas, lo que algunos comerciantes esclavistas llamaban «reses negras». Durante el tiempo que duró el comercio de esclavos, se estima que unos once millones de africanos atravesaron el océano Atlántico para trabajar a cambio de nada en las plantaciones de azúcar y algodón de Estados Unidos y las islas del Caribe.

Los registros que se guardan no son muy distintos de los de los negocios modernos, pues se especifican ganancias y pérdidas, y se detalla el número de personas negras compradas y vendidas. El ganado humano —esas «reses negras»— era la mercancía ideal. Los esclavos eran un género lucrativo. Los sistemas reproductivos de las mujeres negras también for-

maban parte de la industria. Los niños nacidos en esclavitud eran propiedad, por defecto, de los dueños de esclavos, lo que se traducía en mano de obra ilimitada y sin ningún coste extra. A que se reprodujeran, además, ayudaba la costumbre de los propietarios de esclavos blancos de violar a las esclavas africanas.

Que se detallaran ganancias y pérdidas también significa que se documentaban las muertes de las «reses negras», porque perjudicaban al negocio. Los africanos que viajaban a través del Atlántico lo hacían en duras condiciones de hacinamiento. El viaje podía durar hasta tres meses. El espacio que rodeaba a cada esclavo tenía forma de ataúd, lo que los obligaba a pasar todo ese tiempo en medio de desechos y fluidos corporales. A los muertos y moribundos se los lanzaba por la borda por razones de liquidez: el seguro pagaba una cantidad por cada esclavo que moría en el mar.

Una ilustración del barco de esclavos *Brooks* que dibujó el abolicionista William Elford y que se publicó por primera vez en 1788 mostraba las condiciones en las que solía hacerse el viaje.¹ En ella puede verse el interior de un barco cargado hasta arriba de esclavos: los cuerpos se alinean uno junto a otro, horizontalmente, en cuatro filas (con tres filas más en la parte posterior del barco), lo que pone de manifiesto la cruel eficiencia con la que se planteaba el transporte de personas. El *Brooks* era propiedad de un mercader de Liverpool llamado Joseph Brooks.

Pero no se comerciaba con esclavos solo en Liverpool. Bristol también tenía un puerto esclavista, al igual que Lancaster, Exeter, Plymouth, Bridport, Chester, Poulton-le-Fylde (en Lancashire) y, por supuesto, Londres.² Aunque los esclavos africanos hacían escala en los puertos británicos de forma regular, las plantaciones a las que se dirigían no estaban en el Reino Unido, sino en las colonias británicas. Muchas de ellas en el Caribe, de modo que, a diferencia de lo que ocurrió

en Estados Unidos, la población británica, en su mayoría, vio el dinero pero no vio el sufrimiento. Algunos británicos tenían plantaciones que funcionaban casi de forma exclusiva gracias a la mano de obra esclava. Otros compraban solo unos pocos esclavos, con la idea de sacarle un rendimiento a su inversión. Muchos escoceses fueron a trabajar como tratantes de esclavos a Jamaica, y algunos se trajeron consigo a sus esclavos cuando regresaron al Reino Unido. Al igual que cualquier otra propiedad, los esclavos podían heredarse, y muchos británicos vivieron cómodamente a expensas de su trabajo sin estar directamente involucrados en su compraventa.

La Sociedad para la Abolición del Comercio de Esclavos, fundada en Londres en 1787, fue idea de Granville Sharp, que trabajaba como funcionario, y del activista Thomas Clarkson. Ellos dos, junto con otros diez hombres, la mayoría de ellos cuáqueros, dieron forma a la asociación. Iniciaron una campaña que se prolongó a lo largo de cuarenta y siete años, durante los cuales lograron un amplio apoyo popular y también de valiosos miembros del Parlamento británico, el más famoso de ellos el abolicionista William Wilberforce. La presión que ejercieron logró su objetivo y en 1833 el Parlamento declaró abolida la esclavitud en el Imperio británico. Pero los principales beneficiados, a nivel económico, por la disolución de aquella industria tan provechosa no fueron las víctimas de la esclavitud, sino los 46.000 propietarios británicos de esclavos, que recibieron una compensación por sus pérdidas financieras.³ Una indemnización injusta, aunque quizá lógica en un país que había comerciado con carne humana.

Pese a la abolición, una ley del Parlamento no iba a hacer que de la noche a la mañana se cambiara la visión que se tenía de los africanos esclavizados, de casi animales a humanos. Casi dos siglos después, el daño sigue ahí.

Tras mi paso por la universidad, quise saber más. Estaba hambrienta de información sobre lo ocurrido con los negros en el Reino Unido tras el fin de la esclavitud. Pero aquella no era una información de fácil acceso. Los datos solo estaban disponibles para quienes mostraban un verdadero interés y una considerable cantidad de iniciativa personal. De modo que salí en su búsqueda, y empecé investigando el Mes de la Historia Negra.

El Mes de la Historia Negra se celebra desde hace relativamente poco en el Reino Unido. Los primeros actos de conmemoración de la herencia negra en la historia británica no se programaron hasta 1987. La iniciativa fue de Linda Bellos, londinense de padre nigeriano y madre británica blanca. En aquel momento, Bellos era la líder del distrito londinense de Lambeth, en el sur de Londres, y presidía la Unidad de Política Estratégica de Londres (parte del ya desaparecido Consejo del Gran Londres). La idea del Mes de la Historia Negra llegó a ella a través de Ansel Wong, el responsable de la división de igualdad racial de la Unidad de Política Estratégica. «Le dije: sí, hagámoslo», recuerda Linda Bellos desde su casa de Norwich.

«Pensé que el Mes de la Historia Negra era una gran idea. Lo que no quería es que fuera igual que la versión estadounidense, porque tenemos una historia distinta... Hay tanta gente que no tiene ni idea —y hablo de personas blancas—, pero ni idea sobre la historia del racismo. No saben ni por qué estamos en este país.»

Ansel organizó el primer Mes de la Historia Negra y Linda actuó como anfitriona del evento. Se programaron actos por todo Londres. La decisión de celebrarlo en octubre se tomó por razones sobre todo logísticas. En Estados Unidos el Mes de la Historia Negra tiene lugar en febrero, desde sus comienzos en 1970. «Pero nuestra invitada de honor era Sally

Mugabe —explicó Linda—. Y no había tiempo suficiente para invitarla. Si lo hubiéramos hecho dos semanas después, no habríamos podido tener allí a las personas que queríamos.»

«Quisimos ser más inclusivos —añade—. Usamos la palabra “negro” en términos políticos. Africanos y asiáticos.⁴ Solo pudimos celebrarlo durante dos años, porque Thatcher estaba recortando nuestros presupuestos. Habría sido un exceso.»

Tras los dos años de financiación y liderazgo de la Unidad de Política Estratégica de Londres, y pese a no contar ya con fondos públicos, el Mes de la Historia Negra siguió celebrándose en el Reino Unido, aunque de forma esporádica. En la actualidad, el Mes de la Historia Negra es una celebración consolidada en el país, con una trayectoria de más de treinta años. Suele consistir en exposiciones que muestran el trabajo de artistas de la diáspora africana, mesas redondas sobre racismo y actos culturales poco problemáticos, como desfiles de moda o festivales gastronómicos. Al hablar con Linda, la noto escéptica sobre el valor de las actividades que se desarrollan en la actualidad. Cuando le pregunto por qué quiso que hubiera un Mes de la Historia Negra en el Reino Unido, responde que fue para «celebrar la contribución negra en este país. No para hablar de pelo... Era el mes de la historia, no el mes de la cultura. Ha habido una historia, una historia de la que yo soy consciente a través de la experiencia de mi padre».

La historia de la negritud en el Reino Unido ha sido una historia fragmentaria. Reconozco que durante mucho tiempo no fui consciente de que los negros habían sido esclavos en mi país. Por lo general, la gente cree que todas las personas negras o mestizas del Reino Unido son inmigrantes recientes, y apenas se menciona la historia del colonialismo ni se habla de por qué hay personas de África y Asia que fueron a parar al Reino Unido. Sabía algo sobre la generación Windrush, los 492 caribeños que viajaron en barco hasta Gran Bretaña

en 1948, porque en la escuela coincidí con varios de sus descendientes. No había charla sobre la «presencia negra en el Reino Unido» que no hablara de Windrush. Pero casi todo lo que sabía sobre historia negra era historia americana. Lo que no era suficiente en un país donde generaciones cada vez más pobladas de personas negras y mestizas continúan considerándose británicas (yo entre ellas). Se me había negado un contexto, una forma de entenderme a mí misma. Necesitaba entender por qué cuando la gente agitaba una bandera del Reino Unido y gritaba «queremos que nos devuelvan nuestro país», ese cántico parecía dirigirse a personas como yo. ¿Qué historia había heredado que me convertía en extranjera en mi lugar de nacimiento?

El 1 de noviembre de 2008, en un evento que conmemoraba el quincuagésimo aniversario del Instituto de Relaciones Raciales, el director de la institución, Ambalavaner Sivanandan, dijo a los presentes: «Nosotros estamos aquí porque vosotros estáis aquí». La expresión ha pasado a formar parte del vocabulario negro británico. Para saber a qué se refería, miré hacia atrás, buscando pruebas de ello. La primera que encontré fue la guerra.

Los ciudadanos británicos no fueron los únicos que participaron en la Primera Guerra Mundial en nombre del Reino Unido. Gracias al furioso imperialismo británico, ciudadanos de países no europeos (pero colonizados por países europeos) vieron cómo se esperaba de ellos que murieran por el rey y por el país. Una encuesta del British Council de 2013 sobre la Primera Guerra Mundial reveló que la mayoría de los británicos no había entendido el impacto internacional que tuvo la contienda, pese al adjetivo «mundial» que la acompaña. «El imperio era tan extenso —decía el informe del British Council—, que se reclutó a soldados y obreros de todo el globo.»⁵ La gran

mayoría de los que respondieron al sondeo del British Council en los siete países que participaron en la encuesta⁶ respondió que tanto la Europa del este como del oeste estuvieron implicadas en la guerra. En cambio, solo un 17 % dijo que Asia había participado, y apenas el 11 % de los encuestados sabía de la participación africana.

No saber quién luchó exactamente por el Reino Unido durante la Primera Guerra Mundial podría haber borrado de la memoria colectiva la contribución al esfuerzo bélico de negros y mestizos. Que fue real. Más de un millón de soldados indios —o cipayos (soldados indios que servían a las órdenes del Reino Unido)— lucharon por Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial.⁷ El Reino Unido había prometido a esos soldados que su país quedaría libre del yugo colonial si lo hacían. Los cipayos viajaron al Reino Unido creyendo que no solo luchaban por los británicos, sino también en parte por la libertad de su país.

El viaje a Europa no fue nada fácil. Los llevaron en barco, sin la ropa adecuada para el cambio de temperatura. Muchos de los cipayos jamás habían estado expuestos a tanto frío, y algunos murieron de hipotermia. E, incluso durante la guerra, los cipayos no recibieron el trato que esperaban. El cipayo de más rango seguía estando por debajo, en la jerarquía del ejército, del soldado británico de rango más bajo. En caso de resultar heridos, a los cipayos los trataban en un hospital segregado, habilitado en el Pabellón Real de Brighton, destinado solo a las tropas indias. Alambradas de espino rodeaban el hospital, para evitar que los cipayos heridos confraternizaran con la población local. Y pese a que en torno a 74.000 cipayos murieron durante la guerra, el Reino Unido no cumplió con su promesa de librar a la India del dominio colonial.

Fueron muchos menos los soldados que viajaron desde el Caribe para luchar por el Reino Unido.⁸ El Memorial Gates

Trust, una organización benéfica que mantiene viva la memoria de aquellos que, procedentes de la India, África y el Caribe, murieron por el Reino Unido en ambas guerras mundiales, sitúa la cifra en 15.600. Se los conocía por el nombre de Regimiento de las Indias Occidentales Británicas (BWIR, por sus siglas en inglés). En el Caribe, el ejército británico lanzó campañas de reclutamiento sobre todo en las regiones más pobres e, igual que en la India, algunos de los que fueron reclutados creían que participar en la guerra podía llevar a un cambio político en sus países. Pero no era una opinión generalizada, y una cantidad significativa de caribeños se mostraron en contra de que los habitantes de las Indias Occidentales lucharan en aquel conflicto, que llamaron «guerra del hombre blanco». Pese a la resistencia de algunos, centenares de caribeños dejaron sus trabajos para viajar a Europa.

El largo viaje en barco de nuevo no fue fácil. El Reino Unido necesitaba la mano de obra extra, pero el Gobierno no proporcionó a los caribeños, como tampoco hizo con los cipayos, la ropa de abrigo necesaria para sobrevivir al trayecto. En 1916, el SS *Verdala*, que realizaba el trayecto de las Indias Occidentales a West Sussex, tuvo que desviarse hacia Halifax, al este de Canadá. Centenares de reclutas caribeños sufrieron síntomas de congelación, y algunos murieron a causa de las severas temperaturas.

Al llegar al Reino Unido, el regimiento, en su mayoría, no se unió a la lucha de los soldados británicos en el campo de batalla. Se los relegó, de hecho, a prestar apoyo, a realizar trabajos serviles a beneficio de los soldados blancos. Se les encomendó las tareas más arduas, como cavar trincheras, construir carreteras y trasladar a soldados heridos en camillas. Solo cuando las filas británicas se vieron diezmadas se permitió luchar a los soldados caribeños. Casi doscientos de ellos habían muerto en combate al final de la guerra.

En 1918, el descontento entre los soldados de las Indias Occidentales era generalizado. Con el BWIR destacado en Tarento (Italia), algunos de los hombres se enteraron de que los soldados británicos habían recibido un aumento en la paga del que se había excluido a los soldados caribeños. Indignados por el trato desigual, se declararon en huelga y reunieron firmas para enviar una petición al secretario de Estado. La situación pronto derivó en una rebelión abierta. Durante el motín de Tarento se hizo estallar una bomba, y uno de los huelguistas murió por el disparo de un suboficial negro. La rebelión fue aplastada de inmediato y sesenta miembros del Regimiento de las Indias Occidentales Británicas sospechosos de rebeldía fueron juzgados por su participación en el motín. Algunos fueron encarcelados y uno fue sentenciado a morir fusilado.

Los soldados de las Indias Occidentales volvieron a casa, ultrajados, y la mano dura con la que se aplacó el motín de Tarento contribuyó a dar un nuevo impulso a los movimientos de autodeterminación en el Caribe. Aunque también hubo soldados negros que decidieron quedarse en el Reino Unido tras la guerra. Con el fin de la contienda y la desmovilización de los soldados, los excombatientes negros que se quedaron en el país empezaron a estar en el punto de mira.

Los disturbios suelen comenzar siempre en verano. El 6 de junio de 1919, siete meses después del final de la Primera Guerra Mundial, empezaron a circular rumores en Newport, en el sur de Gales. Se decía que un hombre negro había lanzado un comentario insolente a una mujer blanca. La noticia se extendió entre la población blanca, cada vez más enfurecida y agitada. Al cabo, una muchedumbre vociferante se dirigió a donde vivían los hombres negros de la zona. Algunos de ellos

dispararon para defenderse. Las peleas y los altercados que se sucedieron en los días siguientes se saldaron con un hombre blanco apuñalado por un caribeño.

Cinco días después, el 11 de junio, el *South Wales Echo*, de Cardiff, informaba de que «un vehículo en el que viajaban hombres de color y mujeres blancas estuvo circulando junto al muelle del canal este, lo que atrajo a una multitud».⁹ Cardiff, que también era una ciudad portuaria, veía despertar el espíritu antinegro. La visión de aquellos hombres negros junto a las mujeres blancas provocó que una turba enloquecida de personas blancas empezara a lanzar piedras al vehículo. No se sabe si alguno de sus ocupantes resultó herido. Días después, en violenta protesta por la audacia de las relaciones interraciales, otra multitud blanca enfurecida atacó a una mujer de su misma raza, de la que se sabía que se había casado con un hombre africano, y la dejó desnuda.

En la ciudad portuaria de Liverpool, un odio racial similar ganaba terreno. El trabajo escaseaba tras la guerra, y más de un centenar de hombres negros perdieron, de repente, su empleo en una fábrica cuando los obreros blancos rechazaron trabajar junto a ellos. El 4 de junio de 1919, un hombre caribeño fue apuñalado en el rostro por dos hombres blancos, tras una discusión por un cigarrillo. Hubo varias escaramuzas como consecuencia, con la policía saqueando casas en las que sabían que vivían personas de color. Aquel frenesí se saldó con uno de los crímenes de odio más horribles de la historia británica. Un marinero negro de veinticuatro años, Charles Wootton, fue atacado por una multitud blanca enfurecida, que lo lanzó al King's Dock, el muelle del Rey. Nadó, en un intento desesperado de salir del agua, pero empezaron a caer ladrillos sobre él y se hundió bajo la superficie. Recuperaron su cuerpo sin vida un tiempo después. Fue un linchamiento público. En los días que siguieron al asesinato de Charles Wootton, las turbas

blancas se hicieron con las calles de Liverpool; atacaban a cualquier persona negra con la que se cruzaban.¹⁰

Al Gobierno británico no le pasaron desapercibidos esos actos de salvaje odio racial. Viendo los niveles de agitación a lo largo de todo el país, el Estado respondió de la única forma que sabía: con repatriaciones. Seiscientas personas negras fueron enviadas «de vuelta al lugar de donde habían venido» en septiembre de 1919.¹¹

Pese a sus esfuerzos por aparentar lo contrario, el Reino Unido está lejos de ser una cultura homogénea. La historia nos enseña que este país, expansionista cuando le ha convenido, creó un imperio global del que poder extraer mano de obra a placer. Pero no estaba preparado para las repercusiones y para las responsabilidades que conlleva colonizar otros pueblos y culturas. Y fueron las personas negras y mestizas las que sufrieron las consecuencias.

Pero algunas de esas personas se resistieron a la derrota. Nacido en 1882 en Kingston, Jamaica, el doctor Harold Moody no formaba parte de los jóvenes caribeños que lucharon por el Reino Unido en la Primera Guerra Mundial. De hecho, él llegó a Bristol en 1904 con la intención de seguir educándose. Quería ser médico, y había estado trabajando en la próspera farmacia de su padre en Kingston con la idea de ahorrar para sus estudios. Jamaica seguía formando parte de los dominios británicos, de modo que su traslado a la metrópolis no era sorprendente; para los jamaicanos, el Reino Unido era la «madre patria». Nada más llegar, tomó un tren con destino a la estación londinense de Paddington y una vez allí se instaló en un hostel —la Asociación Cristiana de Jóvenes, conocida como YMCA por sus siglas en inglés— hasta encontrar un lugar más permanente en el que vivir. Fue durante esos primeros días en

suelo británico cuando se dio cuenta de que la madre patria no iba a ser tan hospitalaria como le habían hecho creer. Pese a sus esfuerzos, no había manera de que le alquilaran una vivienda. Tras varios rechazos, encontró un apartamento en Canonbury, en el norte de Londres.

Una vez instalado, Harold inició su formación como médico. Se licenció en 1912 y se puso a buscar trabajo. Solicitó una plaza en el King's College Hospital, pero sus potenciales empleadores no quisieron contratar a un hombre negro.¹² Intentó presentarse como candidato para una vacante en el sur de Londres, en la Junta Protectora de Camberwell. La junta formaba parte del Concejo de la Ley de Pobres de Camberwell, una organización gubernamental de ámbito local que veía por el bienestar de la población más anciana y de los residentes más vulnerables. Disponía de una enfermería y también gestionaba los orfanatos y los asilos para pobres. Le rechazaron también para este puesto, pero no sin antes decirle que «a las personas pobres no iba a atenderlas un sucio negro».¹³ Decidido a servir a la comunidad, Harold respondió a esos reveles poniendo en marcha su propia consulta privada.

Un año después de licenciarse, el doctor Moody empezó a pasar consulta en el número 111 de King's Road, en Peckham, en el sureste de Londres. Aunque había sufrido el racismo en sus propias carnes, fue su fe cristiana lo que llevó al doctor Moody a pasar a la acción. Para él, que era un miembro activo de la comunidad cristiana, el racismo era un asunto religioso. Por otra parte, su respetable trabajo de clase media le convertía en un modelo a seguir para la población negra de las décadas de 1920 y 1930 en el Reino Unido. Se erigió en su defensor, y pronto se lo conoció como alguien a quien se podía acudir a pedir ayuda en caso de necesidad. Su popularidad era tal que en 1931 Harold Moody fundó la Liga de los Pueblos de Color.

La Liga era al mismo tiempo un centro cristiano y una organización de defensa de derechos. Sus objetivos, publicados en su boletín trimestral *The Keys*, eran:

- Apoyar y proteger los intereses sociales, educativos, económicos y políticos de sus miembros.
- Despertar el interés de sus miembros en el bienestar de las personas de color de todo el mundo.
- Mejorar las relaciones entre razas.
- Cooperar y asociarse con organizaciones que trabajan a favor de las personas de color.¹⁴

Publicado por primera vez en 1933, *The Keys* hacía las veces de brazo escrito de la Liga y denunciaba el racismo en el mundo laboral, en el sector inmobiliario y en la sociedad en general. En 1937, *The Keys* publicó un duro intercambio epistolar con el hospital de Manchester sobre su veto a contratar enfermeras negras. La carta citaba a la enfermera jefe del hospital, L. G. Duff Grant, que había escrito, sin ningún disimulo: «Nunca hemos tenido enfermeras de color en prácticas aquí. Se planteó la cuestión una vez en el comité de enfermería y había una norma que establecía que nadie de extracción negroide podía ser tenido en cuenta». El doctor Moody, entonces presidente de la Liga, escribió a la junta del hospital y descubrió que no existía semejante normativa. «No hay ninguna norma —reconocía N. Cobboth, el presidente de la junta en su respuesta— que impida que mujeres de color se formen como enfermeras en el Manchester Royal Infirmary y la junta desea dejar claro que cada solicitud será tenida en cuenta en función de sus méritos.»¹⁵

El trabajo del doctor Moody en la Liga de los Pueblos de Color fue posiblemente la primera campaña antirracista del siglo xx en el Reino Unido, y no cabe duda de que tendría

consecuencias a largo plazo en las relaciones entre razas en terreno británico.

El doctor Harold Moody fue un pionero en la lucha por los derechos de la comunidad negra en Londres, pero un aspecto de su vida personal —su relación con una mujer blanca y los hijos que tuvo con ella—¹⁶ causó mucha polémica en aquel tiempo. Las relaciones entre personas de distintas razas eran muy controvertidas a principios del siglo xx, y en el noroeste de Inglaterra se consideraban tan alarmantes como para justificar una investigación académica. A finales de la década de 1920, la Universidad de Liverpool estaba consolidando su departamento de ciencias sociales, liderado por la antropóloga Rachel M. Fleming. Su investigación giraba en torno de lo que llamaba «niños híbridos», hijos de padre negro y madre blanca.¹⁷ Liverpool era una ciudad portuaria, y había una gran cantidad de marineros negros que vivían allí. Algunos estudios indican que la población negra de Liverpool en la época estaba en torno a las 5.000 personas. Pese al telón de fondo de los disturbios raciales y el linchamiento de Charles Wootton, las parejas mixtas existían, pero eran vistas por muchos como un problema social con el que había que acabar.

En ese contexto, Rachel Fleming consiguió el apoyo de las autoridades de Liverpool para investigar a los niños «desdichados» —léase «mestizos»— de la ciudad. En 1927 fundó la Asociación para el Bienestar de los Niños Mulatos de Liverpool. Muriel Fletcher, una graduada por la Universidad de Liverpool que trabajaba como agente de la condicional, recibió el encargo de escribir el primer informe para la asociación. Por su trabajo con los servicios sociales, estaba en contacto con muchas de las familias más pobres de la ciudad y su inves-

tigación se llevó a cabo con la visión sesgada de quien conoce solo a las familias más pobres de entre las que están formadas por personas de distintas razas.

El «Informe de una investigación sobre el problema del color en Liverpool y otros puertos» se publicó en junio de 1930. Concluía, a partir de escasa evidencia, que en los marineros negros la probabilidad de padecer enfermedades venéreas era el doble que en los marineros blancos, y que los niños nacidos de parejas de razas distintas —o, en el lenguaje del informe, «los mulatos»— enfermaban más por ese motivo. «Los niños parecen estar resfriados con frecuencia, muchos presentan un aspecto enfermizo, y se sabe de casos en los que la historia familiar incluye enfermos de tuberculosis», escribió la señora Fletcher. Quizá reflejando una opinión popular en la época, Fletcher juzgaba que las niñas y mujeres mestizas estaban contaminadas por su raza, y afirmaba que «solo se han hallado dos casos en Liverpool de muchachas mulatas que se hayan casado con hombres blancos, y en uno de los casos la familia de la joven forzó el matrimonio contra la voluntad del hombre». ¹⁸ En su informe, a las mujeres blancas que optaban por tener relaciones con hombres negros Muriel Fletcher las situaba en cuatro categorías: las débiles mentales, las prostitutas, las jóvenes y temerarias, y aquellas que se veían obligadas a casarse porque tenían hijos ilegítimos.

A los niños investigados para el estudio se les examinó los ojos y se les midió la nariz, y se clasificó sus facciones como «negroides» o «inglesas». En relación a las dificultades de los jóvenes mestizos para encontrar trabajo, Fletcher escribió: «Algunas madres lamentaron haber traído al mundo a semejantes niños, en clara desventaja por su color». Haciéndose eco de las ideas del movimiento eugenésico, inmensamente popular en la época, Fletcher parece insinuar que el mestizaje —o, como lo llamaban los eugenistas, el cruce de razas— era

una abominación tal que los hijos nacidos de relaciones mestizas tenían «poco futuro».

Muy extendido a principios del siglo xx, el movimiento eugenésico británico defendía que la clase social estaba determinada por factores biológicos como la inteligencia, la salud y lo que vagamente se llamaba «valores morales». Los eugenistas sostenían que había que animar a reproducirse a aquellos que poseían cualidades consideradas deseables, y que lo contrario debía hacerse con los que no las tenían. Había en ello un racismo inherente: la raza blanca formaba parte de los valores a los que había que aspirar, mientras que cualquier indicio de sangre negra se consideraba contaminante, lo que les llevaba a oponerse de forma radical al mestizaje y a los mestizos. Pese al apoyo de hombres influyentes como John Maynard Keynes y George Bernard Shaw, el Reino Unido nunca llegó a aprobar ningún tipo de legislación (como la esterilización forzosa) que introdujera la eugenesia en el funcionamiento del Estado, y en 1931 un proyecto de ley que pretendía hacerlo fue rechazado en el Parlamento.

El «Informe de una investigación sobre el problema del color en Liverpool y otros puertos» de Muriel Fletcher tuvo un impacto nacional. Un representante de la Sociedad Antiesclavista llegó a decir que era un «documento de extraordinaria fuerza» que contenía «detalles de lo más impresionante y acreditado». En un estudio reciente sobre el informe, el investigador Mark Christian sostiene que tuvo un efecto negativo a largo plazo sobre la población negra de Liverpool y extendió el uso del término «mulato».¹⁹

Los estragos de una nueva guerra mundial trajeron consigo la necesidad de más mano de obra, de modo que el Reino Unido volvió a favorecer la llegada de inmigrantes. Cuando

el SS *Empire Windrush* partió desde el Caribe en dirección a Inglaterra, transportaba a 490 hombres y dos mujeres, todos ellos dispuestos a arrimar el hombro en la reconstrucción de un país en plena posguerra.²⁰ El *Windrush* atracó en Tilbury, en el municipio de Thurrock, Essex, el 22 de junio de 1948. Ese mismo año, el Gobierno introdujo la Ley de Nacionalidad Británica, que concedía a los ciudadanos de la Commonwealth los mismos derechos que los ciudadanos británicos.

La población negra del país seguía creciendo. Entre 1951 y 1961, los ciudadanos británicos de origen caribeño pasaron de 15.000 a 172.000.²¹ La mayoría llegaron de Jamaica (los ciudadanos de este país pasaron de 6.000 a 100.000).²²

En 1958, la población negra de Nottingham había alcanzado las 2.500 personas. Pero una década de leyes pensadas para que los ciudadanos de la Commonwealth se sintieran bienvenidos no había cambiado las opiniones sobre el terreno. Los periódicos locales hablaban de un veto a los hombres de color en los pubs de Nottingham, donde los hombres negros debían esperar a un lado hasta que se terminaba de servir a los blancos. El resentimiento de los blancos hacia los residentes negros de la ciudad era enorme, y el resentimiento de los negros hacia los blancos hervía también bajo la superficie. El 23 de agosto de 1958, un altercado en un pub entre una mujer blanca y un hombre negro encendió la mecha. No se sabe muy bien cuál fue el incidente que lo originó todo, pero lo que sí está claro es que, horas después, un millar de personas se agolpaba en St. Ann's Well Road y empezaron los disturbios. Navajas, cuchillos y botellas se usaron como armas, y ocho personas acabaron hospitalizadas.

Lo que pasó en Nottingham estaba ocurriendo también en otras partes del país. El 20 de agosto, en Notting Hill, al oeste de Londres, un grupo de *teddy boys* —una tribu urbana

de jóvenes blancos amantes del rock & roll que vestían trajes y zapatos de gruesa suela de goma— se lanzó a la calle con el único objetivo de atacar a la población negra. Se llamaban a sí mismos «cazadores de sucios negros». Cinco hombres negros acabaron en el hospital tras aquella noche de extrema violencia.²³

Por aquel entonces, Notting Hill era una zona pobre y superpoblada de Londres en la que escaseaba la vivienda, de lo que se aprovechaba el tristemente célebre dueño de muchos de aquellos tugurios, Peter Rachman. Tenía tan mala reputación que su apellido se convirtió en sinónimo de maltrato a los arrendatarios. El *Chambers 21st Century Dictionary* define «rachmanismo» como «la explotación o extorsión ejercida por un propietario sobre las personas a las que arrienda viviendas en mal estado».²⁴ Era la población negra la que acababa viviendo en las pequeñas y ruinosas viviendas de Rachman y pagando sus exorbitantes alquileres. No tenían elección. Los que vivieron aquella época contaron que había carteles de «ni negros ni perros ni irlandeses» en las ventanas del resto de las viviendas, más dignas,²⁵ lo cual no hacía más que exacerbar los conflictos raciales de la capital.

Nueve días después de la «caza de sucios negros» de los *teddy boys* de Notting Hill, una pareja mestiza —un matrimonio formado por un hombre negro y una mujer blanca sueca— discutían en el exterior de la parada de metro de Latimer Road. Era un día festivo de agosto en el que pocos trabajaban, de modo que la discusión acabó atrayendo a un grupo de hombres blancos que salieron en defensa de la mujer, quizá creyendo que la estaban atacando. Al ver lo que podía acabar ocurriendo, varios hombres negros intercedieron por el marido. Los dos bandos empezaron a pelearse.

Luego se supo, por las declaraciones que hicieron los alborotadores blancos, que circulaba el rumor de que un hom-

bre negro había violado a una mujer blanca.²⁶ El altercado junto a la parada de metro se convirtió en un abrir y cerrar de ojos en una concentración de doscientos hombres blancos que lanzaban violentas consignas racistas. La batalla fue subiendo de intensidad y algunos de los agitadores blancos se enfrentaron a la policía por impedirles cargar contra los negros. Los disturbios se prolongaron durante tres días. Aparecieron esvásticas pintadas en viviendas de familias negras. Muchos contraatacaron con armas y cócteles molotov de fabricación casera. Las personas de color a las que la policía detuvo durante los actos de violencia insistieron en que tenían que defenderse. No hubo fallecidos, pero más de cien alborotadores —la mayoría blancos— fueron detenidos.

En 2002, se hicieron públicos informes policiales que revelaron que la policía había conseguido convencer al entonces ministro de Interior, Rab Butler, de que lo ocurrido en Notting Hill no eran disturbios raciales sino enfrentamientos entre vándalos. «Sin duda hay cierto resentimiento entre los residentes blancos y de color de la zona —sostiene en el informe el sargento detective M. Walters—, pero es más que evidente que la mayor parte de los problemas los causaron rufianes, tanto de color como blancos, que vieron la oportunidad de entregarse al vandalismo.» En ningún momento menciona a los *teddy boys* cazanegros.²⁷

Tras lo ocurrido en Nottingham y Notting Hill, las relaciones interraciales en el Reino Unido emprendieron un rápido deterioro. A las personas de color llegadas después de la generación Windrush cada vez se hacía más evidente que no iban a poder vivir en paz, trabajar, pagar impuestos e integrarse. Que, en lugar de eso, se les iba a castigar por el mero hecho de estar allí, en el Reino Unido. La mano de obra negra y mestiza había sido esencial para el éxito del país en las dos guerras mundiales, pero las personas de color que hicieron

posible ese triunfo tuvieron que afrontar un rotundo rechazo en las décadas posteriores.

El Gobierno se mostró reticente, a lo largo de la década de 1950, a reconocer que el país tenía un problema con el racismo. Pero se vieron algunos gestos. En 1960 un diputado laborista de los que se sientan en los escaños de atrás del Parlamento, Archibald Fenner Brockway, presentó en repetidas ocasiones un proyecto de ley que pretendía ilegalizar la discriminación por razones de color, raza o religión en el Reino Unido.²⁸ El proyecto de ley fue rechazado todas y cada una de las nueve veces que se sometió a discusión.²⁹ En el extremo opuesto, en 1959, Oswald Mosley, fundador de la Unión Británica de Fascistas, decidió volver a la política parlamentaria, que había abandonado en 1930. Se presentó como candidato por una circunscripción cercana a Notting Hill y abogó por la repatriación de los inmigrantes. Consiguió solo un 8,1 % de los votos.

El Estado tardó casi una década en plantear una solución al problema del racismo en el Reino Unido después de los disturbios raciales de Nottingham y Notting Hill. La Ley de Inmigrantes de la Commonwealth, que entró en vigor el 31 de mayo de 1962, restringió de forma drástica los derechos de inmigración de los ciudadanos de la Commonwealth británica. Incluso se utilizaban palabras que no se habían empleado hasta entonces. En 1948 la Ley de Nacionalidad Británica empleaba el término «ciudadanos» para referirse a las personas procedentes de los países de la Commonwealth; en 1962 las llamaba «inmigrantes», lo que añadía una nueva capa de exclusión a la forma de tratar a una población a la que apenas catorce años antes se le había concedido el permiso de residencia. Con un nuevo énfasis en los trabajadores cualificados,

la Ley de Inmigrantes de la Commonwealth establecía que aquellos que quisieran residir en el Reino Unido debían tener un permiso de trabajo.³⁰ La lógica tras este razonamiento pervive hasta hoy.

Más tarde, en 1965, el Parlamento aprobó la primera legislación británica antidiscriminación. Tras la firme declaración de intenciones contra la libertad de movimientos de los ciudadanos de la Commonwealth de tres años atrás, la Ley de Relaciones Raciales fue toda una sorpresa. La legislación establecía que la discriminación racial manifiesta pasaba a ser ilegal en los espacios públicos, aunque la legislación no se aplicaba a tiendas o viviendas privadas. Según informaba la BBC, esos específicos actos de discriminación incluían «rechazar servir a una persona, hacerlo con un retraso inaceptable o cobrarle de más».³¹ Se creó un Consejo de Relaciones Raciales como parte de la ley.³² Era el organismo que debía recibir y supervisar las denuncias por racismo; una tarea nada fácil, sobre todo si se tiene en cuenta que el censo de 1961 había fijado en 52.700.000 el número de habitantes del Reino Unido.³³ No había forma de saber la cifra exacta de personas no blancas residentes en el país, pues el censo no incluyó una pregunta sobre la raza hasta 1991. Apenas llegaron denuncias al consejo, y las que llegaron lo hicieron en vano. El organismo no tenía autoridad para castigar a nadie. Su papel, de hecho, era el de mediar entre el denunciante y la organización o persona a la que se denunciaba.

La primera ley británica de relaciones raciales se quedaba a medias. No abordaba la endémica discriminación en el ámbito de la vivienda, y sus salvedades dejaban mucho espacio de maniobra a los que deseaban que las personas negras del Reino Unido siguieran siendo ciudadanos de segunda. El Consejo de Relaciones Raciales resultó ser un antídoto inadecuado para las décadas de acoso y de violencia selectiva, y parecía

existir solo para salvar las apariencias. La mayoría de los negros y asiáticos británicos ni sabían que existía. Los puntos débiles de la ley de 1965 eran evidentes. Los esfuerzos para desafiar al racismo venían, al fin y al cabo, del mismo Estado que décadas antes había dado carta de naturaleza al fenómeno al responder a los disturbios raciales con repatriaciones, del mismo Estado que utilizaba y desechaba cuerpos negros y mestizos a conveniencia.

La ley se endureció tres años después, e hizo ilegal negar una vivienda, un empleo o cualquier servicio público por motivos de raza. Sin embargo, los servicios del Gobierno quedaron exentos de los cambios legales. Según explicó la BBC, «la nueva Ley de Relaciones Raciales tiene como objetivo hacer de contrapeso a la Ley de Inmigración y de ese modo cumplir la promesa del Gobierno de ser “justo pero severo” con los inmigrantes».³⁴

El 7 de marzo de 1965, la policía cargó de forma violenta contra una marcha de afroamericanos, liderada por Martin Luther King Jr., que reclamaba poder ejercer su derecho constitucional al voto. Dos años antes de esa fecha ahora icónica, en el oeste de Inglaterra, un jamaicano de diecinueve años, Guy Bailey, se dirigió a una entrevista de trabajo en la Bristol Omnibus Company, la compañía de autobuses de la ciudad. Paul Stephenson, un asistente social, había concertado la entrevista para Guy, asegurándose primero de que hubiera vacantes disponibles y de que Guy cumpliera con los requisitos para optar a ellas. Pero cuando Guy fue a la entrevista, la compañía decidió cancelarla.

Al recordar lo ocurrido cincuenta años después en la BBC,³⁵ Guy rememoró el momento exacto en que la recepcionista le dio por descartado. «Le dijo al encargado: “Tu cita de

las dos está aquí. Pero es negro”. Y el encargado dijo: “Dile que no tenemos vacantes, que están todas cubiertas”.»

Que rechazaran a Guy no fue una sorpresa para los más de 3.000 miembros de la comunidad negra de Bristol, la mayoría de ellos personas de origen caribeño que vivían en el Reino Unido desde la Segunda Guerra Mundial. Hacía tiempo que sospechaban que la compañía de autobuses tenía una política de contratación racista; al fin y al cabo, ninguno de los miembros de la comunidad que se había presentado a vacantes de la Bristol Omnibus Company había sido contratado. Todos los empleados de la compañía de autobuses eran blancos.

Pero la entrevista de Guy Bailey no había sido una coincidencia. La habían organizado cuatro jóvenes: Roy Hackett, Owen Henry, Audley Evans y Prince Brown. Se llamaban a sí mismos el Consejo para el Desarrollo de las Indias Occidentales. Le habían pedido a Paul Stephenson que les ayudara en su plan, y él había aceptado. Paul conocía a Guy, era estudiante en la escuela nocturna en la que él daba clases. Guy era un buen candidato para la entrevista. Su aspecto era pulcro, tenía ya un empleo, estudiaba a tiempo parcial y participaba en las actividades de una organización de jóvenes cristianos.

En cuanto supieron que habían rechazado entrevistar a Guy, el grupo convocó una rueda de prensa. Los periodistas de los medios locales se agolparon en el piso de Paul para enterarse de lo que había ocurrido. Hubo una sesión de fotos, con Owen sentado en la parte trasera de un autobús en homenaje a Rosa Parks. Con la prensa local y nacional haciéndose eco del caso, el director general de la compañía, Ian Patey, vio que no tenía escapatoria. Presionado por el *Bristol Evening Post*, reconoció: «No conseguirán que ningún hombre blanco de Londres lo admita, pero ¿cuántos de ellos querrían un puesto donde podrían acabar trabajando para un supervisor negro?».³⁶